

EMIR KUSTURICA

FORASTERO EN  
EL MATRIMONIO  
Y OTROS CUENTOS

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS  
DE NICOLE D'AMONVILLE ALEGRÍA

BARCELONA 2020



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Étranger dans le mariage*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2015 by Éditions Jean-Claude Lattès  
© de la traducción, 2020 by Nicole d'Amonville Alegría  
© de esta edición, 2020 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-17902-22-3  
DEPÓSITO LEGAL: B. 1394-2020

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2020*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

Sólo desgracia

7

Bueno..., como gustes

35

El campeón olímpico

85

El ombligo, puerta del alma

97

En el abrazo de la serpiente

113

Forastero en el matrimonio

151



## SÓLO DESGRACIA

Dragan Teofilović era apodado Zeko—conejito—porque le encantaban las zanahorias, pero no sólo por eso. Sus grandes ojos eran capaces de ver lo que poca gente en Travnik veía. El 8 de marzo de 1976, apoyado en una farola, distaba mucho de imaginar el vuelco que iba a dar su vida. Con la vista clavada en el neón que se estaba encendiendo en la calle 29 de Noviembre, una pregunta le entristecía: ¿por qué desde hacía ahora cinco años su padre olvidaba de forma sistemática que el 9 de marzo era su cumpleaños? Su padre, Slavo Teofilović, capitán de navío, era conocido en Travnik por los treinta metros cuadrados de adoquines y diez kilos de cola que no le había pagado nunca a un amigo ¡por no saber cómo!

Mientras los niños de su edad y de su calle peloteaban, y los oficiales se preparaban para el baile del 8 de Marzo en el vestíbulo de la JNA,<sup>1</sup> Zeko apartaba la mirada de la farola y la dirigía hacia el cruce y el puente del ferrocarril. «¡Ah—pensó—, si pudiese hacer desaparecer el 9 de marzo del calendario mi vida sería más fácil!».

Pero aquélla no era su única congoja. Se le hacía insoponible ver que por las ventanillas de los coches la gente tiraba bolsas vacías de Grisines, arrugados paquetes de tabaco y todo tipo de basura. En aquel instante vio acercarse un *fića*<sup>2</sup> a más de sesenta kilómetros por hora que sin duda le

<sup>1</sup> Jugoslovenska Narodna Armija: el ejército popular en tiempos de la antigua Yugoslavia. (*Todas las notas son de la traductora*).

<sup>2</sup> Diminutivo del Fiat 500.

traía alguna sorpresa desagradable. Le lanzarían un impropio, «¡¿Qué coño miras, maricón?!», o le soltarían una sarta de groserías. Sonó un bocinazo, y por la ventanilla salió una mano que tiró una caja vacía que ponía: ¡«Bronqui, el deshollinador de gargantas»!<sup>1</sup>

—¡Maldito cretino! ¿Por qué ensucias mi ciudad?

Salió corriendo tras el *fića* blandiendo el paquete con una mano amenazadora y en el camino de vuelta recogió otros desechos que tiró en un contenedor. No obstante le tranquilizó pensar que antes, en aquel mismo cruce, las cosas eran mucho peores.

Hasta 1975, cuando Ćiro, el conductor del tren que pasaba por el puente, accionaba el silbato de la locomotora, expulsaba un vapor cargado de hollín. Con el viento toda la colada tendida en las proximidades quedaba manchada en el acto. Zeko se negaba a que aquello ocurriese en el balcón de los Teofilović. ¡Algunos días Ćiro rociaba toda la calle y al mismo tiempo unas manos tiraban basura desde los coches!

¿Qué hacer? ¿Bajar a limpiar la calle o precipitarse al balcón para poner a salvo la colada? En los peores momentos Zeko sabía tomar la decisión adecuada. Abandonaba la basura y corría al balcón a descolgar las sábanas y las camisas de su padre para evitar que su madre entrase en cólera inútilmente. En cuanto a la limpieza del cruce, eso quedaría para más tarde.

A veces el viento le pillaba desprevenido y propulsaba los desechos en el Lašva, lo que le enloquecía. En primavera, la visión de las bolsas de plástico de distintos colores enganchadas en las ramas de los árboles que bordeaban el río se le hacía insoportable; le recordaba las paredes del

<sup>1</sup> Marca de pastillas para la garganta.

cuartel militar Petar Mećava, donde servía su padre. Entonces se armaba con un bastón y apaleaba las frondas. Al comprobar la ineficacia de su intento de desenganchar las bolsas, que sólo conseguía romper y enmarañar aún más, se ensañaba de tal forma que llegaba a romper las ramas.

«¡Si alguien me ve—se decía—, me tomará por un loco!».

Aunque la vida de Zeko era penosa, tenía su parte dulce: contaba con un confidente con quien desahogarse. En una bañera en desuso guardada en el sótano de su edificio de cuatro plantas, debajo del apartamento de los Teofilović, chapoteaba una carpa que el capitán había comprado para su *slava*<sup>1</sup> que celebraba discretamente en diciembre. Sobre la bañera había una tabla de madera clavada en la pared de cemento que contenía la siguiente inscripción a tiza: «Sólo desgracia».

El hermano mayor de Zeko, Goran, esperaba febrilmente que llegase la hora en que por fin pudiese jurar por su difunto padre. Aquella impaciencia hacía de él una vedette en la calle 29 de Noviembre. Aunque, por supuesto, para eso había que esperar a que falleciese el capitán Slavo. En las conversaciones con su hermano menor, Goran no ocultaba hasta qué punto le exasperaba la malquerencia de su padre.

—¡Espero que el viejo la palme!

Pero Zeko no compartía la crueldad de su hermano.

—Como ves, piensa en todo—repuso—. Adquiere desde el mes de marzo el pez que necesitará en diciembre. Es una idea muy chula, ¿no?

—¡Qué dices! ¡Lo ha conseguido por la jeta!

—Por la jeta... ¿A qué te refieres?

—Pan comido. ¡Ha trapicheado con el padre de un sol-

<sup>1</sup> Fiesta del santo patrón de la familia celebrada entre los serbios ortodoxos.

dado para que el chaval vaya a pasar el fin de semana en Novi Sad! ¡No te enteras de nada, hermanito!

—¿Y qué?

—¡Vendería el culo para que le diesen algo gratis!

Zeko bajó al sótano de puntillas cerciorándose de que no hubiese nadie en los alrededores. Cerró el tragaluz y se puso una máscara. Antes de sumergirse en la bañera se colocó el tubo en la boca. Luego metió la cabeza en el agua, y por último, el cuerpo. Sólo le sobresalían los pies agarrados al borde cuando Milijana Gačić, campeona de ajedrez en la categoría de pioneros de la república socialista de Bosnia-Herzegovina, entró en el sótano. Estaba familiarizada con aquella escena. Sus pupilas color añil en el centro de su rostro pálido enmarcado por una cabellera negra y lacia cuidadosamente peinada a lo príncipe Vailant la contemplaban desde hacía quince días. Lo único que se le escapaba era lo que el chico y el pez pudieran estar contándose. Milijana se perdía en conjeturas. ¿Cómo podría ser de otro modo, cuando la inscripción en la tabla de madera rezaba «Sólo desgracia»? Pero la inteligente chiquilla no sólo cedía a la curiosidad. Hacía días que observaba a Zeko con amor y circunspección. ¡Cuántas veces le había rastreado por las calles y callejuelas de Travnik! Era como si al verle aparecer ella fuese víctima de un embrujo. Aunque ardía de deseo de mirarle a los ojos, temía el encuentro. De tan enamorada que estaba, hasta había adelgazado. En aquel momento Zeko, fiel a su costumbre, se sinceraba con el gran pez. La carpa sólo abría la boca de vez en cuando para indicarle que lo había entendido todo. Zeko había comentado a su padre que había leído en el libro ruso *Chevengur* que no era por estupidez por lo que los peces guardaban silencio.

«Con los humanos—había respondido el padre—es dis-



tinto. Son sobre todo los necios quienes se callan. El pez no tiene ningún motivo para chacharear. No dice nada porque lo sabe todo; y no, como piensan algunos, porque no tiene nada que decir, y porque es tonto».

—Es difícil con la familia—explicaba Zeko a la carpa—. Goran sólo espera una cosa: la muerte de nuestro padre. Y mi madre y mi padre están a matar; ella le ha dicho que esperaba que los niños fuesen mayores para plantarle y marcharse sin dejar una dirección, porque él no hace más que mirarse el ombligo. Yo veo las cosas de otra manera. Mi padre es un buen tipo. Sabes, carpa, es divertido: visto desde fuera parece un dios, pero por dentro es un desgraciado. Es como una cama de soldado bien hecha en la sala común sobre un colchón destrozado, carcomido por la polilla y los ratones. ¡Yo también tengo la cabeza hecha trizas, como cuando un ratón entra en un queso!

Milijana se marchó a tiempo. Al final de la reunión la carpa solía efectuar unos saltos fuera del agua como si quisiese dar a entender a Zeko que se alegraba de no estar sola.

«Marzo arrasa», decían los ancianos cuando las primeras nieves empezaban a derretirse. Independientemente de si en Bosnia-Herzegovina un gran número de habitantes no sobrevivía a la brusca transición del invierno a la primavera, Zeko detestaba el mes de marzo. Era evidente que olvidaban su cumpleaños a causa del 8 de Marzo, el Día de la Mujer. Sin embargo durante el almuerzo había vuelto a iniciar el debate que nunca prosperaba:

—¿Por qué no existe una fiesta de los hombres?—le había preguntado a su madre, Aida.

—Porque los hombres tienen su fiesta todos los días.

—Pero ¿por qué el 8 de marzo y no otro día?

—¡Para que Slavo pueda olvidar tu cumpleaños!—se había burlado Goran.

Y como cada año la familia Teofilović había salido a dar el solemne paseo del 8 de Marzo. Aida y Goran no profesaban palabra, convencidos de que era mejor así: ¡en cuanto se pronunciase una palabra, Slavo sacaría al menos cien teorías capaces de desmontar todo cuanto se dijese! De improviso Zeko bajó a todo correr por el terraplén para chapotear en el Lašva. Acabó en medio de la corriente con el agua a la altura de los tobillos. Esperaba captar la atención de su padre.

—¿Por qué los habitantes no se ponen de acuerdo para limpiar el río, puesto que es el único que tenemos?—preguntó.

—¡Sal de allí, pillarás una neumonía! Hay que ver ¿por qué te metes donde no te llaman?—soltó Aida horrorizada ante la idea de que su hijo fuese el primero de la clase.

—¡Es que este chaval tiene sesos!

Zeko vio una imponente roca en medio del río. Sin prestar la menor atención a lo que había dicho su madre tenía la mirada clavada en la superficie del agua, rizada por una ligera brisa, y en las piedrecitas que entreveía a sus pies.

«Bajo esos guijarros—pensó—tiene que haber una barra rocosa inamovible. Como en mi familia: tenemos la esperanza de que todo mejorará, pero algo pesado nos mantiene pegados al fondo y nos impide movernos...».

A la segunda orden de su madre Zeko salió del río. Aida le descalzó, le frotó los dedos y le calentó la planta de los pies con su aliento. Zeko esperaba un gesto por parte de su padre.

—Slavo, mi pobre amigo... ¿Por qué no abrazas a tu hijo? ¡No te quedarás manco!

—¡Es malsano!

—¿Qué es malsano? ¿Abrazar a tu hijo?

—Unos virus invisibles hacen estragos en el mundo. Y

no sólo los rusos y los norteamericanos como se piensa.  
¡Acabarán con el mundo!

—¡Si acaban con este mundo no será una gran pérdida!  
Vamos, abrázale...

Lazo Drobnjak, el coronel comandante del cuartel militar Petar Mećava, sufría por la infertilidad de su esposa Svetlana. Con toda aquella tristeza entraron juntos en el vestíbulo de la JNA. Cuando el coronel entendió que el encuentro con el capitán Teofilović era inevitable se tragó su cólera. Sí, el militar Teofilović le ponía de los nervios, pero el hombre aún más. Sabía que Slavo guardaba en su casa la ropa de los soldados de Kragujevac para que el fin de semana pudiesen salir a beber vestidos de paisano y seducir a las chicas en los bailes. Antes todos iban a la ciudad, casi siempre cuando era Slavo quien estaba de guardia en el cuartel. El capitán quizá facilitase la expresión de un patriotismo local y el apego a una región, pero sobre todo empañaba la reputación del cuartel y la de su comandante. En realidad el coronel Drobnjak habría podido perdonar a su capitán de navío la falta de responsabilidad, pero el hombre no podía con ello. Un día, durante las maniobras en los picos de Golija, sin cesar de dar vueltas a su copa de vino entre los dedos y sin despegar la mirada de una mancha en el mantel, preguntó:

—El hombre descende del mono, ¿no es así, Slavo? En tu opinión, ¿en qué se transformará el hombre?

—¡Ésa es una pregunta para quienes tienen algo en la cabeza, no para unos soldados como nosotros!

—Yo creo que el siguiente paso evolutivo será que el hombre se transformará en caballo.

—¿En... caballo? ¿Cómo lo sabe, mi coronel?

—Mirándote, Slavo. No me cabe la menor duda.

—¿Mirándome... a mí?

—Eres un caballo, Slavo, ¡un caballo de verdad! Un se-mental... ¡Ja, ja, ja! De Lipica. Un caballo de desfile...

El coronel se desternillaba de risa. Rio y tosió tanto que poco después casi se asfixia. Tuvieron que llevárselo en un Campagnola a la enfermería para ponerle oxígeno y regularle la respiración.

Slavo no se quedó corto. Contó un montón de historias sobre Drobnjak, en particular a su *kum*,<sup>1</sup> que trabajaba para el KOS.<sup>2</sup> Y cada vez que el coronel se cruzaba con el capitán en el cuartel se desternillaba de risa, una risa más o menos sonora según su humor.

Mientras subían la gran escalera que conducía al amplio vestíbulo de la JNA, Drobnjak divertía a los Teofilović: relinchaba como un caballo. Con una amarga sonrisa hasta las orejas Slavo quería pensar que ni Aida ni sus hijos eran conscientes de lo que ocurría.

El torneo de ajedrez que el gran maestro Gligorić disputaba de forma simultánea con los militares y los civiles de Travnik imponía el respeto y el silencio: no se oía más que el sonido chirriante de los zapatos en el parque y el choque de las piezas en los tableros. Entre los jugadores dispuestos en círculo se hallaba Milijana Gačić. La joven cruzó una mirada con Zeko en el momento en que Gligorić movía una pieza. Bajó la vista, se apresuró a defenderse, y levantó a más y mejor la mirada hacia Zeko. Cuando el gran maestro percibió que ella jugaba a la buena de Dios suspendió los dedos sobre las piezas, hizo una jugada rápida y pasó a la mesa contigua. Zeko, desconcertado por la mirada de Mi-

<sup>1</sup> Testigo en una boda serbia ortodoxa.

<sup>2</sup> Servicio de contraespionaje.

lijana, huyó al otro extremo de la sala, hacia el podio donde se hallaba agrupado el coro de la escuela. Milijana sabía que aquélla era la ocasión soñada para conocerle. Se levantó de la mesa, cruzó la sala a grandes zancadas y detuvo a Zeko en el instante en que éste ponía los pies en el estrado.

—¡Yo a ti te conozco!

—¡Menuda hazaña!

—¡Y desde hace mucho tiempo!

—¿Y a mí qué?

—Me gustas.

—¿Qué estás diciendo? ¡No ves que nos mira todo el mundo!

Zeko se fundió en el coro y Milijana volvió a su mesa, donde Gligorić la esperaba sonriente. El gran maestro se sorprendió. Estudió el tablero; no daba crédito a sus ojos: ¡por la posición de las piezas la partida era nula! ¡Tablas! Cuando se hubo convencido del todo, batió palmas. Todos los asistentes aplaudieron la hazaña realizada por Milijana Gačić, todos menos Zeko, que escondido en la última fila del coro esperaba con impaciencia que empezase la solemne función y entonasen el himno nacional «Xej, Slaveni».

El 9 de marzo de 1976 Aida Teofilović despertó con una fuerte migraña, consecuencia del mal vino y del numerito que le había hecho a su esposo la víspera en el vestíbulo. Había aprovechado el día de la mujer para soltarle la lista entera de todo cuanto había soportado durante los últimos quince años. Abrió la puerta con delicadeza y entró en el cuarto de los niños. Cuando subió la persiana la luz inundó el pequeño dormitorio. Zeko se sentó en la cama enseguida, abrió los ojos y exclamó bizqueando:

—¡Volveré a llegar tarde a la primera hora de clase!

—¡No, bobo! Hoy es domingo, y además es tu cumpleaños.

Le dio su regalo acariciándole el pelo.

Camino de la cocina Zeko se puso el jersey azul tricotado a mano. Sonrió ante su imagen en el espejo. En la cocina Goran le entregó su regalo: bastoncillos de chocolate sobre papel encerado. Sin esperar Zeko se dispuso a ir por pan veinte metros calle abajo.

Aida corrió a la puerta con un impermeable.

—¡Te vas a resfriar, ponte algo! ¡Hace frío!

De vuelta con el pan Zeko se apresuró a cortarse un cacho, donde metió los bastoncillos, los cinco. Pan con chocolate. Su golosina preferida... Hincó los dientes en su regalo de cumpleaños y exclamó:

—¡Es lo mejor del mundo!

Tras el desayuno se puso manos a la obra. Domingo o no, sus quehaceres debían seguir un orden particular. Encender la lámpara de petróleo era todo un arte. Regular la entrada y la salida de aire no era una tarea fácil que se diga. Había que soplar dentro del tubito con la boca. De repente el chocolate de su regalo de cumpleaños adquirió sabor a petróleo. Llenó el recipiente de la lámpara, y mientras se preguntaba si su padre volvería a olvidar su cumpleaños una gota de petróleo cayó sobre el regalo de su madre.

«Aida, ahora seguro que sí... ¡Te va a dar algo!», se dijo.

Se agachó en la cocina como Charlot apuntando con la nariz hacia la esquina de una casa y escondiendo bien el brazo para que su madre no viera la mancha que se extendía sobre la manga.

Desde que su padre se había comprado un Wartburg los vecinos del primero tenían constancia de que los mosquitos habían desaparecido de los alrededores del edificio. Cuando arrancaba el motor de dos tiempos la nube de humo era

tal que ocultaba la planta baja y de paso eliminaba a todos los insectos hasta el primer piso. Slavo sostenía que las cosas nunca estaban lo bastante limpias y que no había que quitarle el ojo de encima a un flamante y nuevo Wartburg.

El Wartburg estaba en su sitio y Zeko había resuelto elogiarse una vez más la sabiduría de su padre.

—¡Qué astuto puede ser Slavo! Aparca el coche bajo la farola, en plena luz; ¡y en cuanto ven la luz, los ladrones se esfuman!

—Dime, hermano... ¿Eres imbécil o te lo haces?

—¿Imbécil... yo?

—¡Slavo es un cretino!

Aquel día de cumpleaños había llegado la hora de confesarse con la carpa. Zeko estaba al pie de la escalera y Milijana le impedía el paso a la entrada del sótano con un ramo de rosas blancas en la mano.

—¡Feliz cumpleaños!

—¿Qué hace la campeona de ajedrez de la república socialista de Bosnia-Herzegovina en «Sólo desgracia»?

—Ése no es el tema.

—¿Cuál es el tema?

—Te adoro y te deseo un feliz cumpleaños. Estoy dispuesta a todo por ti.

Tras aquellas palabras la niña desapareció. Zeko no se lo podía creer, quería dejar algunas cosas claras con ella. Nadie tenía derecho a entrar en «Sólo desgracia». Ni siquiera su padre, cuyo amor ansiaba ganarse desde hacía tanto tiempo. Pero por una sencilla caricia o por un beso estaría dispuesto a ir más allá.

Pensar en la construcción de su casa de campo en Donja Sabanta daba vértigo a Zeko. El Wartburg era demasiado

pequeño para transportar todos los materiales necesarios. Un domingo de cada dos, cuando Slavo no estaba de guardia, los Teofilović tomaban la carretera hacia Serbia. El coche hacía un primer alto cerca de Sarajevo, el padre recogía bloques de hormigón, ladrillos rotos, cemento y tejas que otros habían desechado y llenaba el maletero hasta los bordes. No sin dificultad cerraba el capó, y en cuanto llegaban al siguiente vertedero cargaba los brazos de Aida, Goran y Zeko con los materiales más dispares. Para los Teofilović la parada en el bar Semafor en la montaña de Nišića no era una pausa normal. Dirigidos por Slavo, tenían la impresión de ser sus soldados de infantería; vivían el trayecto hasta Donja Sabanta como una operación militar. Aida, Goran y Zeko bajaban del coche, vacilaban, tosían y se esforzaban por recobrar el ánimo. Descargaban los materiales con prudencia y los disimulaban detrás de los excusados a la manera de los campesinos esperando que nadie se los robase antes de su regreso.

La autopista Belgrado-Niš era un auténtico quebradero de cabeza para Slavo. Cuando veía un depósito interesante frenaba en seco, rezongando por temor a causar un choque en cadena. Luego, como en una expedición en tiempos de guerra, detenía el coche y, con la impetuosidad del combatiente que se lanza al asalto, cometía la infracción: dispuesto a morir, daba marcha atrás. En tiempos de paz aquellos momentos eran de gran excitación para el capitán de navío. Mientras retrocedía imaginaba mejor aquel material de construcción insertado en su casa de campo. Sentado de tres cuartos, con la vista fija en la carretera por encima del material y la cabeza de sus familiares, dejaba que el Wartburg hiciese sus eses, pero manteniendo la dirección hasta el depósito avistado. Entonces, como un escultista ante una misión cumplida, Zeko permitía que estallase su dicha:



—¡Caramba! ¡Un montón de material... solitario!

Alzando la vista de la pila de ladrillos rotos, Aida y Goran intercambiaban una mirada de sorpresa:

—¿Un montón... solitario?

—¡Sí, allí!

Zeko indicaba el lugar y buscaba en el retrovisor el guiño de su padre esperando que le recompensase por el éxito de la misión.

Tras introducir el «montón solitario» en el Wartburg, el coche se convertía en un submarino que corría el riesgo de ser arrastrado hasta el fondo del mar privando a sus ocupantes de oxígeno. Aida veía que la mirada de Goran y Zeko se nublaba, y tras grandes esfuerzos lograba liberar una mano para bajar la ventanilla. Las difíciles condiciones de esos viajes hacia delante, y luego hacia atrás, les hacían perder a todos la noción del tiempo. En cuanto a la del espacio, era mejor no hablar. Cuando el número de idas y venidas superaba sus esperanzas y la languidez se apoderaba de los suyos, Slavo soltaba una cita:

—«Dos pasos hacia delante, un paso hacia atrás». ¡Así hablaba Lenin!

Pero según Aida y sus hijos la familia daba más bien dos pasos hacia delante y dos pasos hacia atrás; o para ser más exactos, era evidente que no efectuaba ningún desplazamiento. A su llegada a Donja Sabanta aquel recuento sólo quedaba distorsionado por unos breves abrazos al abuelo y la abuela—los padres de Slavo—, y por el tiempo que Slavo tardaba en colgar de la pared de la casa de campo una pancarta de la Segunda Guerra Mundial que anunciaba: «Minas. Peligro de muerte».

Porque lo que más temía Slavo era que entrasen a robar.

Luego el capitán se aprestaba a regresar a Travnik a todo gas para ocupar su puesto en el cuartel. En el recuerdo de

Zeko y en la ventanilla trasera del Wartburg sólo quedaban la triste mirada de la madre de Slavo y la bendición de su padre ante la marcha de su hijo, su esposa y sus nietos. Para cuando la abuela tiraba un jamón dentro del Wartburg, en la cabeza de Zeko el tiempo se había convertido en un torbellino.

Como queriendo escapar de ella, Zeko entró en la cocina disimulando la mancha de petróleo esparcida en la manga de su jersey. Parecía Vukotić, el delantero del Partizan de Belgrado que se bajaba las mangas de la camiseta cuando había resuelto ganar un partido. Aida le anunció que su padre había despachado un correo militar portador de un mensaje.

—¡Quiere vernos a todos en el cuartel dentro de una hora! Dice que te tiene preparado un regalo.

—No...

—Lee si no me crees...

—Goran dice que anoche le montaste una gorda—observó Zeko.

—Ponte la chaqueta. Ése no es asunto de tu incumbencia.

—Quizá, ¡pero sin ti nunca se habría acordado del cumpleaños de Zeko!

—¡Cállate, Goran! Ha escrito que tiene preparado algo inolvidable.

—¡A mí me parece que debe de ser... una bicicleta!—exclamó Zeko.

Muy excitado, con los pómulos rojos, Zeko se puso a caminar por la vía por la que antaño Ćiro conectaba Sarajevo con Travnik. Goran le seguía y Aida cerraba la marcha. Estaba contenta: por fin su marido iba a acceder al deseo de su hijo. Éste, febril, no conseguía imaginar ningún regalo.

—¡Si lo que quiere es redimirse—lanzó Goran—tendrá que romper la hucha!

Zeko volvió a ver la foto que el hermano de su madre les había enseñado: un coche con pedales.

«A lo mejor—se dijo—es un avión que se eleva con un resorte, que despega y aterriza así, como una flor. O, por qué no, un cachorro de perro lobo...».

Aida intentaba a duras penas mantener el paso acelerado de sus hijos. Estaba espesa por el baile de la víspera, por el exceso de bebida y por todo lo que le había reprochado a Slavo.

—¡A los hombres hay que darles puñetazos en la nariz!—repetía, aunque sin perder la sonrisa.

—Eh, esperadme, niños..., no puedo más... ¡Por el amor de Dios, id más despacio!

Era como si correr por las traviesas de las vías en desuso fuese un juego, una pequeña fiesta para los Teofilović, un cambio de noventa grados que Slavo había operado en la existencia de los suyos al cambiar de conducta y ofrecer un regalo de cumpleaños a su hijo.

—¡Si no es, como poco, un velero, ya puede palmarla!

—¡Basta!—exclamó Aida agarrando el bolso para pegarle a Goran, quien logró esquivar el golpe.

A Zeko se le ocurrió que el trayecto hasta el cuartel no tenía nada que ver con las expediciones a Donja Sabanta. Desde cualquier punto de vista el tiempo transcurría sin que lo interrumpieran las ideas de su padre o de Lenin. Era tan audible como el viento que le zumbaba en las orejas. Una sensación de dulce ansiedad invadía su cuerpo.

Un joven soldado de primera estaba de guardia delante del cuartel de Petar Mećava. Cuando los Teofilović le alcanzaron el soldado acarició los cabellos de Zeko con una gran sonrisa.